

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

No se devuelven los originales

Insistimos en llamar la atención de las autoridades para que cumpliendo la Ley y reciente R. O. persigan el asqueroso comercio que en establecimientos y kioscos se lleva a cabo con láminas, tarjetas, periódicos ó revistas pornográficas.

A los diarios locales pedimos que, por el decoro, higiene y cultura de Cartagena, trabajen en igual sentido.

Los Aguinaldos

Aguinaldo ó aguilando, que de ambas maneras lo llama nuestro riquísimo lenguaje, es un regalo que se hace á los pobres con motivo de las fiestas de Navidad. Esta costumbre verdaderamente cristiana la introdujeron y practicaron nuestros mayores, para honrar con ella el nacimiento temporal del Hijo de Dios en el portal de Belén.

Recordaban ellos la pobreza de la Virgen y de San José en sus jornadas de Nazareth á la ciudad de David; las amarguras de aquellos dos corazones nobilísimos, rechazados de todas las casas donde fueron á pedir alojamiento; la humildad de aquellos personajes santísimos, cenando en la gruta de Belén unos mendrugos de pan y alguna fruta seca, colocada en el anelo, que de mesa les servía, se acordaban de los Pastores que llenos de júbilo santo adoraron al Niño-Dios nacido en el portal, ofreciéndole el humilde tributo de su pobreza; de los Magos, llevando al divino Infante ricos dones en testimonio de su amor; y por imitar á estos Reyes, por no ser menos que los Pastores, por aliviar la penuria de la Sagrada Familia y obsequiar al Salvador que dijo: Lo que hagáis con un pobre lo recibo como hecho á mi propia persona; daban aguinaldos, repartían limosnas y hacían regalos á los necesitados, á los desvalidos, á los orfandos y dependientes, sobre todo á los más pobrecitos.

¿Por qué no hemos de continuar nosotros esta noble costumbre de nuestros mayores? ¿Por qué no hemos de cristianizar y santificar el aguinaldo, que se ya pagandizándolo, como tantas otras prácticas cristianas? ¿Por qué no hemos de ver en el niño pobre la imagen del Niño-Dios, humillado por nuestro amor? ¿Por qué no hemos de mirar en cualquier familia necesitada á la Sagrada Familia y socorrerla con nuestros aguinaldos? ¿Por qué no se ha de convertir en satisfacción del pobre lo que sobra y fastidia al rico? ¿Cuántas lágrimas pensáis que se pueden enjugar con lo que se derrocha y se tira en los días de Navidad? ¿Cuánta alegría se puede llevar con un buen aguinaldo á las humildes moradas del infortunio, de la enfermedad y de la pobreza? ¡Ah! dichosos los favorecidos

con bienes de fortuna, si en estos días de gozo hacen buen uso de ellos, socorriendo por amor de Dios á familias menesterosas! Y más dichosos todavía, si á la generosidad del aguinaldo corresponde la delicadeza en darlo, del modo que voy á decir.

Conoci á un joven, católico práctico, cuya caridad excedía en mucho á sus riquezas, que no pasaban de medianas.

Un día de Noche Buena surgió el ángel de su guarda la piadosa idea de obsequiar á la Virgen, á su Niño y á San José, socorriendo por amor de ellos á una familia muy necesitada. Providencialmente supo que un matrimonio joven con dos niños se hallaba en la mayor miseria, á causa de una larga enfermedad del marido, en la que habían consumido todos sus ahorros y empeñado cuanto tenían. Deseó remediar aquella desgracia, sin humillar con una limosna al infeliz obrero, amigo de su infancia, y mucho menos depositando en manos de su mujer una dádiva, que pudiera ser mal interpretada; y sin duda le inspiró Dios la manera de hacerlo. Metió dos billetes en un sobre pequeño y escribió en él estas palabras: *Aguinaldos de San José á un obrero honrado!* Corrió á casa del enfermo y, mientras hablaba con él, colocó disimuladamente el sobre debajo de las almohadas y se despidió, recomendando al matrimonio la confianza en Dios, asegurándoles que aquella noche sería también para ellos Nochebuena.

Toda la tarde estuvieron esperando el cumplimiento de la promesa que parecía encerrar las palabras del joven, y ya empezaban á desconfiar de ellas, cuando llegó la hora de arreglar la cama al enfermo, la primera en ver el sobre fué la mujer, que se apoderó de él, leyó lo que decía, lo abrió febrilmente, lo besó con inmensa gratitud y, cayendo de rodillas al pie de la cama dijo á su marido: Mira lo que St. José te envía!—Bendita sea la caridad que con tal delicadeza socorre al necesitado!—Bendita la Religión que tales acciones inspira!—Benditas las manos que pusieron esto aquí!—Benditas las corazonas que así endulzan las amarguras de la vida! Y en esta forma continuaron los dos, que, tan inocentemente bendiciones al generoso bienhechor que de tal suerte lo había favorecido.

Este joven de que hablamos tiene ya canas y vive todavía, razón por la cual no estampo aquí su nombre; pero si diré que repite su obra todos los años en esta época, porque el gozo que le produce su alma al hacerla, le mueve á renovar formalmente renovarla todos los años en obsequio del Niño Dios. No es verdad, lector querido, que es digno de imitación el joven de mi historia? Pues

no lo es menos la madre cristiana, cuya carta vas á leer, dirigida á una hija suya que vive en la Corte, casada y sin familia.

Hija de mi alma: bien quisiera enviarte de aguinaldo un valioso regalo, como en los años anteriores; pero la cantidad que tenía destinada para él acabo de emplearla en otra cosa, que estoy segura te ha de agradar más que una joya. ¿Te acuerdas de Isabel la mujer del guarda que murió el año pasado en nuestra hacienda, dejándola viuda con cinco hijos? La pobre lleva enferma dos meses y estaba en la más espantosa miseria: Luisita, su hija mayor, la cuida como una Sierva de María; pero temo va á caer mala de la pena que le causa ver á su madre enferma y ver á sus hermanitos muertos de hambre. Entré en su casa el mismo día que salí á comprarte el aguinaldo y, al ver aquel cuadro tan desolador, sentí frío en el alma y mi ángel custodio me inspiró gastar en aquella familia tan necesitada lo que iba á emplear en regalarte otra pulsera de oro. Así lo hice, y esta mañana me presenté en aquella casa, llevando en tu nombre mantas y ropa de abrigo para la enferma, un trajecito decente para Luisita, cestas con viandas y dulces para los niños y unas moneditas de plata, para que pasen bien estos días. Si vieras, hija mía, lo que lloró aquella pobre mujer si supieras las miradas de gratitud, humedecidas por el llanto, que me dirigió Luisita! Si hubieras visto la alegría y los saltos de aquellos angelitos! Todos me besaban las manos y me daban para tí gracias, que salían de lo hondo del alma. Les dije que por socorrerlos á ellos te habías privado gustosa de una joya que pensabas adquirir y entonces bendijeron tu nombre millares de veces, te llamaron Ángel de la caridad y pidieron al cielo que te hiciera feliz en esta vida y en la otra. Luisita ofreció ir á consolar por tí el primer día que pudiera dejar sola á su madre; y ésta añadió que la primera misa que oiga, cuando se ponga buena, será para pedir á Dios por tu santería, María.

De ahí vengo ahora, y todavía emocionada, te escribo mis impresiones. ¿Verdad, hija mía, que das por bueno lo que ha hecho tu madre? ¿Verdad que prefieres el consuelo de esta pobre familia á la satisfacción de lucir en tu persona una joya más? ¿Verdad que en tus ojos supera al brillo de un brazalete, el de las lágrimas de consuelo y gratitud que por tí se han derramado hoy? ¿Verdad que prefieres á la vana hermosura y á las alabanzas mundanas las plegarias y bendiciones de los pobres que por tí se socorren? Si, conozco tu corazón y estoy segura de haberte complacido. Si tú quieres complacer

al de tu madre, haz ahí por el Niño de Belén y por la Virgen Santísima algo de lo que por ellos y por tí ha hecho aquí tu madre, que te quiere con toda el alma...

Lectores queridísimos, para quienes trazo estas líneas, ahí os dejo dos modelos que imitar en estos días de Pascua. Copiadlos, según vuestras fuerzas, por amor al Niño de Belén; dedicad los aguinaldos á enjugar lágrimas en la tierra, y á llenar de alegría á los ángeles del cielo, para que en las fiestas de Navidad arrullen vuestro sueño con este cantar verdaderamente angelico: *Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*

FR. A. DE VALENCIA

Los protestantes continúan en su campaña seclaria, y sin el menor contratiempo van infiltrando el virus del indiferentismo en las gentes ignorantes y sencillas. ¿No se puede emprender una contra-propaganda, bien organizada en contra?

¡Ya viene!

Ya viene con sus dulces alegrías,
Ya viene con sus plácidas bellezas,
Henchida de gratísimos recuerdos,
De amores santos y esperanzas llenas,
Esa fecha que evoca en los cristianos
La santa Noche aquella
En que Dios, entre cantos de querubes,
Saltó del seno de su Madre tierna
A alumbrar con su luz á todo el mundo,
A inflamar en su amor toda la tierra;
La noche de las dulces esperanzas,
La noche más feliz de todas ellas,
La noche que fué día de luz divina,
La santa Noche-Buena.
Ya se escuchan los cantos de alborozo
Y las dulces endechas
Con que el pueblo cristiano
Saluda los prodios de la fiesta;
Son canciones que nacen de las almas,
Canciones que revelan
Que la cristiana fe vive aún pujante,
Tiene bastante fuerza
Para vencer los torpes desabogos
De la impiedad soberbia,
Ya en torno de los torcos, establecimientos,
La familia se agrupa placentera,
Y los pequeños cantan,
Y los mayores resan,
Y los ancianos lloran, recordando
Lejanas Noche-Buenas,
Y en tanto en el hogar el fuego arde,
En los pechos alientan
La fe más vigorosa,
La caridad más tierna,
La esperanza más dulce,
La paz más celestial y más sincera,
Pues cantan: Gloria á Dios en las alturas
Y paz á los mortales en la tierra.

Ya viene con sus dulces alegrías,
Ya viene con sus plácidas bellezas,
Esa noche más feliz que las noches,
La santa Noche-Buena.
Una tú, lira mía,
Una ya tus endechas
A los cantos de amor y de alborozo
Que al pueblo canta en tan sublime fiesta;
Que esta fiesta de tantas esperanzas,
Esta fiesta de amores tantos llena.